

RAFAEL RODRÍGUEZ BELTRÁN\*

## Caliginoso Mayo\*\*

*La novela francesa actual no le da totalmente la espalda a la realidad contemporánea y ha enfrentado en estas casi cuatro últimas décadas las temáticas más vigentes de la sociedad contemporánea: los sucesos de Mayo de 1968 no podían faltar en esta lista. Tarea de los historiadores es estudiar con objetividad este conflicto que sacudió las bases de la sociedad francesa de entonces. Los novelistas, en cambio, nos brindan su visión mediatizada por la actitud antes, durante y después de los hechos, por su trayectoria filosófica, política y cultural, en fin, por toda su subjetividad e instinto creativo.*

Comparada con la producción novelística decimonónica, la primera mitad del siglo XX no fue tan fecunda, si bien contó con maestros de la talla de Proust, Gide, Aragon, Céline, Sartre, Beauvoir y Camus, por solo citar a algunos, y culminó con la significativa eclosión del llamado *nouveau roman*, la nueva novela, cuya fugacidad, aunque prevista por muchos —entre otros por nuestro Alejo Carpentier—, no impidió que, acaso muy a pesar de sus propios creadores, algunas de sus obras llegaran a ser consideradas hoy como clásicos de la literatura francesa y quién sabe si de la literatura universal.

Lamentablemente, el lector cubano medio, por diferentes razones que no constituyen objeto de este artículo, se quedó estancado en ese momento de la historia de la producción novelística francesa. Con relativa celeridad conocimos en ediciones en español, publicadas muchas veces en Cuba, algunas de las obras significativas de los autores más sobresalientes de ese grupo que pronosticaba ser el futuro de la novelística francesa: Alain Robbe-Grillet, Natalie Sarraute, Marguerite Duras, Michel Butor, Claude Simon. No fue así: Robbe-Grillet abandonó casi por com-

\* (Cuba, 1947) Investigador, traductor y profesor cubano. Doctor en Ciencias Pedagógicas, vicepresidente de la Asociación de Lingüistas de Cuba, tradujo al francés la *Historia de la esclavitud en las colonias francesas*, de José Antonio Saco.

\*\* Texto publicado en *La Jiribilla*, 2008; VI (369): 31 de mayo.

pleto esa forma de hacer, Butor se orientó hacia la poesía, Duras hacia el cine; tal vez Simon fue el más fiel a esa escuela o a ese movimiento (palabras ambas rechazadas sistemáticamente por sus representantes), es quizás el más leído y traducido y obtuvo el Premio Nobel de literatura en 1985. A esto debemos añadir que la crítica literaria cubana tampoco estuvo ajena a ese quehacer: de manera especial los muy acertados trabajos de Graziella Pogolotti permitieron a toda una generación de lectores penetrar en el ámbito un tanto exclusivo o, como reza la litéres típicamente francesa, «poco accesible», del *nouveau roman*.

Resulta evidente que para ese lector medio cubano, después del *nouveau roman* hay un gran vacío que se extiende hasta nuestros días. Sin embargo, el que logre adentrarse en la novela francesa posterior a la década de los años 60 del siglo pasado y lo que va de este siglo, no dejará de sorprenderse con la impresionante cantidad de autores, la fecundidad de estos, la riqueza de géneros y la variedad de temas que nos ofrece y cómo rechazando de plano el credo de los nuevos novelistas de los años 50, pero asumiendo algunos de sus procedimientos, se produce, sin que se divulgue en nuestro país, una verdadera renovación del género de la novela (en un momento en el que parece producirse una supresión de las fronteras entre los diferentes géneros tradicionales) que algunos han llamado posclásica, y (para bien o para mal) más cerca de Balzac que de Stendhal o de Flaubert y en el que un autor, ahora resucitado, aunque con menos potestades que sus maestros decimonónicos, nos narra una fábula o algo que se le asemeja en la que se mueven, transitan, aparecen o se desvanecen personajes o imágenes de individuos reales o míticos en un tiempo y espacio suficientemente delimitados aunque gozando siempre de una relativa elasticidad.

Pero los émulos de Balzac con mucha frecuencia no triunfarán con el *bic et nunc* que tanta gloria, aunque poco capital, trajo al maestro. La realidad se ha vuelto problemática y el espacio y el tiempo se trastocan e, incluso en sus maneras más clásicas, muchos novelistas abandonan decididamente el presente para instalarse en un pasado más o menos real, como hace Pascal Quignard en *Tous les matins du monde*, o en un futuro hipotético pero aterradoramente tangible casi ya, como ocurre en la *Globalia* de Jean-Christophe Ruffin, o en esa amalgama de presente y pasado o de presente y futuro que apreciamos en *La possibilité d'une île* de Michel Houellebecq o *Demain la veille* de Jean-Marie Laclavetine. Y

en cuanto al espacio, se circunstanciará si es pertinente, fuera de Francia, lo que es bastante frecuente, y apreciamos en *Johnny l'Enfer* de Didier Decoin, o *Un taxi mauve* de Michel Déon, pero también se borrará toda traza de localización como en *L'homme au désir d'amour lointain* de François-Régis Bastide, o en *Les portes de Gubbio* de Danièle Sallenave. También ocurre una doble descentración, esto es, espacio-temporal, muy circunstanciada en *Porporino ou les Mystères de Naples* de Dominique Fernandez o más nebulosa como en *Les catilinaires* de la belga Amélie Nothomb.

Sin embargo, la novela francesa actual no le da totalmente la espalda a la realidad contemporánea y hay un buen número de obras que enfrentarán en estas casi cuatro últimas décadas las temáticas más vigentes de la sociedad contemporánea. Muchos son los autores que, desde los puntos de vista más disímiles, se adentrarán en el complejo mundo de la familia, la educación, el racismo, la marginalidad, la guerra de Argelia y otros hechos de dimensión histórica, la política, la soledad, el erotismo, la religión, las diferentes formas de intolerancia, la mujer, la violencia, entre otros. Los sucesos de Mayo de 1968 no podían faltar en esta lista. Tarea de los historiadores es estudiar con el mayor grado de objetividad este conflicto que sacudió violentamente las bases de la sociedad francesa de entonces: para unos no va más allá de una simple revuelta estudiantil; para otros, una revolución frustrada, pero prácticamente todos coinciden en el hecho de que hay un «antes de Mayo del 68» y un «después de 1968». Los novelistas, en cambio, nos brindan su visión mediaticizada por la actitud antes, durante y después de los hechos, por su trayectoria filosófica, política y cultural, en fin, por toda su subjetividad e instinto creativo, por lo que, en ocasiones, pueden resultar más interesantes que los historiadores, esclavos de sus supuestas objetividades o de sus rigurosas demostraciones.

Robert Merle nace en Argelia en 1908, de manera que cuenta con 60 años en el momento histórico que nos ocupa. Profesor en Burdeos en 1934, soldado en Dunkerque, internado en un campo de concentración nazi del que sale con una lesión irrecuperable, es autor, en particular, de novelas, ensayos o biografías relacionadas con la guerra (*Week-end à Zuydcoote*, que le valió el premio Goncourt en 1949 y *La mort est mon métier*, en 1952), y con otros eventos o personalidades históricas contemporáneas tales como Ahmed Ben Bella, Ernesto Guevara y Fidel Castro. En 1970, dos años después de los acontecimientos de Mayo de

1968, publica su novela *Derrière la vitre*. En ella, un profesor de la Universidad de Nanterre, centro de educación superior de donde salta la primera chispa de todo lo que ocurriría después, observa lo que sucede detrás de los cristales de los ventanales de su oficina el día 22 de marzo de 1968, fecha en que los estudiantes sitian la dirección de la facultad. El profesor, víctima de una enfermedad terminal, es un representante de todo lo que los estudiantes pretenden destruir; en su posición detrás de los cristales, a pesar de su fragilidad, se siente protegido, pero también se ve a sí mismo de forma nebulosa, como suele ocurrir cuando el cristal, por un singular efecto óptico, resulta también espejo, aunque difuso. Algunos de los personajes pertenecen a la historia, entre otros, Danny el Rojo (Daniel Cohn-Bendit, líder estudiantil de aquel momento). Solo el lector sabe todo lo que los acontecimientos de ese día van a desencadenar. El profesor no lo sabe, ni mucho menos los estudiantes, pero cada enunciado de la novela nos hace recordar lo que sucedió después. Para Merle, dicen algunos, la liberación sexual constituyó, a la larga, el único fruto de Mayo de 1968. No obstante, al margen de las opiniones del autor, esta novela, leída hoy, es una muestra de cómo todo un sistema envejecido, herido ya de muerte, va a sucumbir ante la pujanza de una nueva generación. Principio dialéctico ya conocido, pero que tiene el interés de encarnar, como materia de la ficción novelesca, en esa fecha muy especial de la historia de Francia.

Con *Un léger malentendu* Daniel Tillinac nos brinda otra versión de los hechos. Su autor tiene unos 20 años en la época en que se producen; puede sentirse tentado por los aires de revolución como su personaje principal; no obstante, 20 años después (la novela ve la luz en 1988) ya el novelista es un desencantado de los acontecimientos acaecidos en Mayo de 1968, sobre los cuales dirá: «Políticamente, Mayo de 1968 no generó gran cosa. Eran agitadores pequeño-burgueses que encendieron la mecha pero que de inmediato decidieron apagarla». Daniel Tillinac terminó sus estudios en el Instituto de Estudios Políticos de Burdeos y ha ejercido el periodismo; muy vinculado a Jacques Chirac (de quien fue representante personal ante el Consejo Permanente de la Francofonía, entre 1995 y 1998), dirige la editorial La Table Ronde y en su producción novelística la crítica destaca, sobre todo, *Maisons de famille*, publicada en 1987. La acción de *Un léger malentendu* se sitúa esencialmente en París y tiene como núcleo temporal la llamada «Noche de las barrica-

das», la noche del 11-12 de mayo de 1968, considerado el momento climático de todo el proceso. El personaje principal se ve arrastrado, un poco como Fabricio Valserra en Waterloo, sin entender muy bien lo que ocurre, por el torbellino de los acontecimientos, tentado más por las libertades, entre otras las sexuales, que le ofrece la revuelta a un joven recién llegado de la provincia, que por la dimensión liberadora de todo aquel enfrentamiento. La novela termina algunos años más tarde en una atmósfera de decepción y cargada de una cierta culpabilidad que se salva porque, a la larga, todo no fue más que «un ligero malentendido». Más tarde Tillinac afirmará que no logró sumarse a aquella revolución, que no creyó en ella; lo que no implica que no sea crítico con respecto al sistema establecido; pero sus críticas, dice, vienen desde adentro y por lo tanto, concluye: «Le prohíbo a los veteranos del 68 que me vengan con lecciones de morab».

La tercera novela, *Tigre de papel*, de título también muy significativo, se debe a la pluma de Olivier Rolin. Nacido en 1947 tiene, como Tillinac, unos 20 años cuando se desencadenan los acontecimientos de Mayo de 1968 en Francia. Se gradúa de Filosofía y Letras en la Escuela Normal Superior y dirige la Izquierda Proletaria, de orientación maoísta. Ejerce el periodismo en *Libération* y en *Le Nouvel Observateur*. Una buena parte de su obra se inspira justamente en los hechos de Mayo de 1968; obtuvo el premio Femina por su novela *Port-Soudan*, en 1994; *L'invention du monde*, de 1993, es otra de sus novelas, en la que refleja un dominio absoluto de cierta forma de arte combinatorio. *Tigre de papel*, le valió el premio France Culture en 2002; en ella, Martín relata a la hija de Treize, un amigo ya fallecido, cómo fue la juventud de ambos en la convulsa Francia de fines de los años 60. Ante nuestros ojos desfilan la guerra de Vietnam, los distintos procesos por los que atraviesa la China comunista, la fascinación por la Revolución Cubana, la epopeya de Che Guevara y, por supuesto, el proceso de Mayo de 1968. Todo este relato tiene lugar de noche en un auto que gira interminablemente por la autopista periférica que circunda París —como un satélite, ha dicho un crítico—, en vísperas del nuevo milenio. A las vallas anunciadoras se suceden la publicidad y los otros vehículos que también parecen girar de manera ineluctable. No podremos saber qué ha entendido la joven hija de Treize, pero sí sabemos que, a diferencia del antihéroe de Tillinac, Martín se siente, acaso decepcionado, pero sí orgulloso de haberse implicado en

aquel torbellino que hoy será tal vez mal entendido pero que nunca ha sido para él un malentendido.

Si pudiéramos ver estas tres obras como una trilogía novelesca, a pesar de sus grandes diferencias, observaríamos que lo eminentemente gnoseológico deviene verdadero protagonista de estas novelas consagradas a los sucesos de Mayo de 1968 en Francia. Un viejo detrás de un cristal no puede entender qué está sucediendo y no percibe que el mundo en que ha vivido se viene abajo. Un joven de provincias, como un nuevo Rubempré, se limita a disfrutar las libertades que le ofrece la capital y se suma sin convicción a un proceso que no entiende y del que rápidamente se aleja. Para cerrar el ciclo, otro viejo trata de hacer entender a una joven adolescente el huracán que azotó a toda Francia en los años en que comenzó a creer en la Revolución. La lectura de esta trilogía (que no lo es) pone de manifiesto el hecho de que Mayo del 68 sigue siendo un proceso que precisaría de una mayor atención, de un mayor estudio y de un mayor distanciamiento. Tal vez eso permita que las pasiones que conjuró y que aún planean sobre los acontecimientos como una bruma que no nos permite apreciarlos en su justa medida, se disipen definitivamente. Pero ¿quién sabe finalmente si, al menos para la literatura, el verdadero encanto no resida justamente en esa espesa bruma?